

DEL CUERPO AL TEXTO. REPRESENTACIONES DE LA CORPORALIDAD EN LOS RELATOS TESTIMONIALES DE CINCO REPUBLICANAS EXILIADAS

Celia García-Davó
Universidad de Alicante

RESUMEN

En el presente artículo se analizan desde la perspectiva de género seis relatos testimoniales producidos por mujeres en el exilio republicano español: *Éxodo. Diario de una refugiada española* (1940), de Silvia Mistral; *Memoria de la melancolía* (1970), de María Teresa León; *Los diablos sueltos* (1975), de Mada Carreño; *Memorias habladas, memorias armadas* (1990), de Concha Méndez; y *De Barcelona a la Bretaña francesa* y *La hora del odio* (2014), de Luisa Carnés.

El estudio examina cómo cada una de estas exiliadas piensa y traslada a la literatura confesional las diversas facetas de su corporalidad. En este sentido, la reflexión sobre la belleza o la sexualidad, la conciencia del cuerpo envejecido o el reconocimiento y/o la negación de la identidad por medio del símbolo del espejo serán algunos de los motivos recurrentes que las autoras empleen para abordar lo corporal en sus obras.

PALABRAS CLAVE: perspectiva de género, cuerpo, mujer, exilio republicano español, literatura testimonial.

FROM THE BODY TO THE TEXT. REPRESENTATIONS OF CORPOREALITY IN
THE TESTIMONIAL ACCOUNTS OF FIVE EXILED REPUBLICAN WOMEN

ABSTRACT

This article analyses from a gender perspective six testimonial stories produced by women in Spanish Republican exile: *Éxodo. Diario de una refugiada española* (1940), by Silvia Mistral; *Memoria de la melancolía* (1970), by María Teresa León; *Los diablos sueltos* (1975), by Mada Carreño; *Memorias habladas, memorias armadas* (1990), by Concha Méndez; and *De Barcelona a la Bretaña francesa* y *La hora del odio* (2014), by Luisa Carnés.

The study examines how each of these exiles thinks about and translates the various facets of their corporeality into confessional literature. In this sense, the reflection on beauty or sexuality, the awareness of the ageing body or the recognition and/or denial of identity through the symbol of the mirror will be some of the recurring motifs that the authors use to address the corporeal in their works.

KEYWORDS: gender perspective, body, women, Spanish Republican exile, testimonial literature.

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.clepsydra.2024.26.03>

REVISTA CLEPSYDRA, 26; junio 2024, pp. 35-49; ISSN: e-2530-8424

[Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional \(CC BY-NC-ND\)](#)



0. INTRODUCCIÓN

En la actualidad existen numerosos estudios centrados en la literatura autobiográfica y confesional escrita por los y las intelectuales republicanos en el destierro. Sin embargo, aunque los estudios que analizan el tema del cuerpo en la literatura escrita por mujeres son abundantes, no son tantas las investigaciones que ponen el foco en examinar este asunto en los testimonios producidos por las exiliadas españolas de forma conjunta. Por esa razón se ha optado por abordar la cuestión de lo corporal en un amplio corpus de relatos memorialísticos configurados por mujeres en el éxodo español de 1939: *Éxodo. Diario de una refugiada española* (1940), de Silvia Mistral; *Memoria de la melancolía* (1970), de María Teresa León; *Los diablos sueltos* (1975), de Mada Carreño; *Memorias habladas, memorias armadas* (1990), de Concha Méndez; y *De Barcelona a la Bretaña francesa* y *La hora del odio* (2014), de Luisa Carnés.

El objetivo fundamental de este escrito es examinar cómo estas cinco autoras piensan y representan el cuerpo de la mujer y las múltiples facetas de la corporalidad en sus obras. El acercamiento a los textos ha sido llevado a cabo desde un enfoque analítico y comparativo, adoptando la perspectiva de género y los presupuestos teóricos expuestos por la Crítica Literaria sobre el género autobiográfico y la identidad. Para analizar nuestro corpus partimos de las investigaciones de Hélène Cixous (1995) y Elizabeth Jelin (2002), que abordan la relación entre el cuerpo y la escritura de las mujeres, y también del trabajo de Domna C. Stanton (1984) y de los diferentes estudios recopilados en la obra de Ángel G. Loureiro (1994), que profundizan en las características de la escritura autobiográfica femenina.

Antes de comenzar con el análisis del corpus cabe señalar que los relatos que lo conforman poseen diferencias formales en lo que respecta a la categoría textual a la que pertenecen. Todos pueden incluirse bajo el marbete de «literatura testimonial» o «del yo», pero existen variaciones entre ellos. Por un lado, contamos con los que seguramente sean los más conocidos para el público lector, las memorias o autobiografía de María Teresa León (*Memoria de la melancolía*, 1970) y la «autobiofonía» (Lejeune 315) o «memorias habladas» que Concha Méndez dicta a su nieta, quien recopila sus recuerdos y los publica originalmente en 1990. Ambos son los textos más similares, ya que sus autoras intentan narrar sus vivencias de forma cronológica (niñez, juventud, madurez...) hasta llegar al exilio. Sin embargo, también son objeto de nuestro estudio los testimonios de otras escritoras menos populares como Luisa Carnés, Mada Carreño o Silvia Mistral, que solo recogen en sus narraciones su experiencia desde que parten de España, pasando por el refugio o campo de concentración francés, hasta que se produce su salida hacia México, el país de acogida.

El caso de Luisa Carnés resulta especialmente llamativo, pues ella configura dos textos sobre el asunto del destierro que permanecen inéditos hasta 2014: *De*

Barcelona a la Bretaña francesa, escrito en 1939, que sí puede incluirse en la categoría de «memorias» en tanto que la autora utiliza la primera persona para referirse a sí misma y narrar su propia historia; y *La hora del odio*, obra inacabada y escrita en 1944 donde Carnés se sirve del personaje de María para exponer los mismos acontecimientos que en su relato de 1939, por lo que puede calificarse como «novela autobiográfica» al igual que ocurre con *Los diablos sueltos* (1975), de Mada Carreño, que utiliza la figura de Marina para referir sus vivencias personales.

La última obra que forma parte de este estudio –y la más diferente en términos formales a las anteriores– es *Éxodo. Diario de una refugiada española* (1940), el diario de Silvia Mistral en el que se narra también su huida de España y su paso por un campo de concentración francés hasta que pudo, al fin, ser liberada.

Una vez presentadas las autoras y sus obras ya puede plantearse cómo se muestran las distintas categorías o facetas de la corporalidad en los seis testimonios, teniendo en cuenta que lo que se expone a continuación son algunos de los ejemplos extraídos de un análisis propio donde se incluyen únicamente los aspectos corporales más llamativos que aparecen en la mayor parte de los textos: la belleza, la higiene personal, la sexualidad o la identidad, entre otros. Pero debe tenerse en cuenta que se han excluido otros asuntos relacionados con el cuerpo femenino como puede ser la maternidad y su presencia en la literatura confesional producida por las republicanas exiliadas, que podrá abordarse en futuras investigaciones.

1. LA PLASMACIÓN DE LA CORPORALIDAD EN LOS SEIS RELATOS TESTIMONIALES

1.1. LA RECLUSIÓN Y LA DEBILIDAD DEL CUERPO

Como se adelantaba en el capítulo introductorio, los textos de Luisa Carnés, Mada Carreño y Silvia Mistral se centran fundamentalmente en la narración de lo que supuso su éxodo a Francia y, sobre todo, de lo que vivieron como refugiadas durante su paso por los pueblos y los campos de concentración franceses. En ese contexto sus cuerpos prisioneros, alejados de toda independencia, se sienten oprimidos, enjaulados y claman sus ansias de huida y de libertad individual:

No veo más que ataduras a mi alrededor, y solo Dios sabe cómo necesito de mi libertad. Estoy enferma, desquiciada, como un pobre animal atado a una cadena. [...] Siento la necesidad irracional, física, de escapar, de ponerme a correr, ¡a correr! (Carreño 383-384).

Asimismo, la expresión de la debilidad del cuerpo adquiere en estos escritos un papel relevante a causa de las situaciones funestas que estas autoras experimentaron. Por esta razón, no resulta extraño que en el transcurso de la lectura de estas narraciones –así como en las de León y Méndez– encontremos abundantes



descripciones centradas en representar el malestar psicológico y anímico que derivó de tan trágicas vivencias. Si bien en este análisis solo atendemos, por estar estrechamente vinculado con lo corporal, a la plasmación que del dolor y del cansancio físicos realizan las escritoras.

La verbalización de las enfermedades y de los problemas de salud que les afectan está presente en los testimonios que relatan la huida de España a Francia. Carnés, Carreño y Mistral brindan a quien lee extensas y detalladas explicaciones sobre ello:

La fiebre me tiene agitada todas las noches y el dolor me hace gritar. A veces quisiera tirarme de la cama al suelo, mas como ésta se halla a ras de tierra, doy golpes con el puño cerrado contra el mosaico. Cruje la paja, se me clava en la carne y las vendas ruedan por la pierna. Caigo, desesperada, sobre la almohada, no sé si loca o cuerda (Mistral 126).

Cada una de ellas denuncia a su vez el estado vejatorio que sufrieron como refugiadas dentro de los campos de concentración. Las mujeres apenas podían descansar por el frío, el hambre y la estrechez del espacio compartido con otras españolas. Sus «cuerpos, magullados por el dolor» (Carnés 181), sentían cada noche «el piso duro en contacto con mis huesos» (Carreño 218).

Lo característico en estos testimonios es la forma en que las autoras detienen el transcurso de sus historias para plasmar las emociones y el dolor físico que experimentaron durante su primer exilio francés. En este sentido, se observa un paralelismo entre ambos males padecidos: el psicológico y el físico. En el momento en que reciben la noticia de que serán liberadas y logran abandonar Francia, su dolor corporal desaparece por completo: «mi alegría es tan grande que la debilidad de que estaba poseída se transforma en fuerza» (Mistral 185), o:

La perspectiva del viaje, la sensación de libertad y espacio que se abren de repente ante mí, me inundan de júbilo. Maravillosamente se han aflojado las ataduras y restricciones que me fijaban igual que clavos, invalidándome como ser humano. El cuerpo apagado que era yo hace un momento se ha transformado en un campo de incalculables energías (Carreño 356).

Parte de la Crítica Literaria Feminista (Stanton, Friedman y Jelin, entre otras) defiende que, por lo general, las mujeres reflexionan en sus testimonios sobre cuestiones más íntimas y cotidianas y emplean un tono más emocional y descriptivo que los hombres, quienes no suelen explicitar sus fragilidades personales y/o corporales en sus memorias. En este caso, las exiliadas son conscientes del vínculo existente entre sus cuerpos, la situación sufrida y sus propios pensamientos, y por ello incluyen tales impresiones en sus obras.

Como expone Elizabeth Jelin, cuando hombres y mujeres llegan a un campo de concentración son separados por su sexo, de ahí que los discursos memorialísticos producidos en esos ambientes den cuenta de esferas y experiencias diferentes.

Las narrativas de las mujeres ponen el énfasis sobre su vulnerabilidad como seres sexuales y sobre los vínculos de afecto y cuidado que se establecieron entre ellas. En los relatos, la sobrevivencia física y social está ligada a la reproducción y recreación de los roles aprendidos en la socialización como mujeres: el énfasis en la limpieza, las habilidades para coser y remendar que les permitieron mantener una preocupación por su aspecto físico, el cuidado de otros, la vida en espacios comunitarios que permitieron «reinventar» los lazos familísticos (110).

Las autoras analizadas exponen en sus textos las pésimas condiciones higiénicas que experimentaron antes y después de cruzar la frontera mientras eran trasladadas en tren o en camión junto a otros refugiados y refugiadas españoles o ya en los campos de concentración, a excepción de Méndez y León. Los obstáculos para conseguir algo tan básico y necesario como un poco de agua y jabón se describen en la mayoría de los relatos. Este asunto se introduce como un ejemplo que prueba la forma en que les habían arrebatado hasta lo más elemental para el ser humano, la limpieza corporal: «Hace meses y meses que las mujeres no tenemos ni jabón. Solo agua fría para lavarnos» (León 256).

El caso de Mada Carreño es sin duda el más representativo en este aspecto, ya que la higiene se convierte en una obsesión para ella y hace referencia a esta en múltiples ocasiones: «Me lavé a gusto y a plena agua [...]». Hacía mucho tiempo que no sabía lo que era el jabón y no me cansaba de refregarme» (275). Como explica la estudiosa Josebe Martínez al respecto, la oración «me siento adolorida y sucia» se convierte en una letanía que conforma el relato de esta joven refugiada, que encuentra tantas dificultades para lavarse como para ser escuchada en su exilio francés (196).

María Teresa León, pese a no haber estado recluida en ningún campo de concentración, alude también a este tema identificando el aseo personal con la depuración interior. Para ello incluye en sus memorias una extensa descripción –de la que solo citamos un breve fragmento–, que reproduce cómo fue el primer baño que pudo tomar en Ibiza tras su huida de la Península, presentándolo casi a modo de ritual: «Al concluir de refregarme con áspero jabón casero, la muchacha me entregó ropa blanca de la suya para cubrirme [...]. Jamás me he sentido más limpia» (206- 207).

Silvia Mistral llega a justificar su falta de higiene y la de sus compañeras y la relaciona con las cruentas circunstancias sufridas, ya que fueron estas las causantes de las numerosas infecciones y enfermedades surgidas en su entorno:

Hemos descubierto que tenemos sarna. ¿Es eso una cosa rara? Largos caminos hemos recorrido, donde no había agua. Cuadras, camiones, gente extraña. Esperanza tenía y nosotras no. Se nos ha contagiado. ¿Tiene ella la culpa? ¿No es ella más limpia que ninguna, [...]» (169).



Las escritoras, al igual que interrumpen el relato con el fin de expresar su dolor corporal, lo hacen para narrar un hecho que podría ser interpretado como una simple experiencia cotidiana sin la suficiente relevancia para ser incluida en un testimonio. Sin embargo, para estas refugiadas la higiene personal fue un asunto de suma importancia, de ahí que decidan incorporarlo en sus obras. Sería interesante examinar si este tema está presente y de qué manera en los escritos memorialísticos de los hombres que experimentaron situaciones similares o si, por el contrario y como señala Elizabeth Jelin (2002), podría estar ligado a la condición de mujeres de las autoras.

I.3. LA CUESTIÓN DE LA BELLEZA

El cuidado y la justificación de la imagen personal es otro de los asuntos que se encuentra sobre todo en los textos de Carnés, Carreño y Mistral y que está también estrechamente vinculado con el tema de la higiene. Ellas se muestran constantemente preocupadas por mantener un físico adecuado y por permanecer bellas pese a las circunstancias. Aunque su interior esté destrozado no desean que esto se refleje en su apariencia exterior: «Es ridículo, pero lo primero que hago es trazar los planes necesarios para mejorar de aspecto. Limpiaré mis zapatos, me maquillaré un poco. [...] Deseo lavarme cuanto antes y escapar afuera» (Carreño 422)¹.

Al aproximarnos a sus pensamientos percibimos una pugna entre su yo íntimo y su yo visible, que lucha por lograr la aceptación social asumiendo los modelos de belleza centrados en la feminidad². Aun estando recluidas en un campo de concentración, estas refugiadas necesitan someter cada aspecto de su cuerpo y de su conducta a la validación externa y a los ideales exigidos por su condición sexual (Enguix y González sp). Luisa Carnés medita sobre ello y explica a quien lee la manera en que la guerra y el cansancio acaban con las diferencias entre hombres y mujeres, igualándolos como seres humanos que solo desean seguir existiendo. Ella reconoce que la angustia ante la muerte despoja a las mujeres de su interés por «los adornos que la civilización le ha prestado» y termina con su pudor, con el hábito de la pulcritud, con la inclinación a los perfumes y a todo lo superfluo (251-253). Sin embargo, su postura es contradictoria, pues en varias ocasiones realiza afirmaciones como la siguiente:

A pesar de las apariencias, no éramos vagabundos ni mendigos profesionales. Quiero decir con esto que cada cual sentía el pudor de su aspecto exterior y trataba de disi-

¹ «pasé revista a mi apariencia personal, mirándome en partes con el espejo de bolsillo» (Carreño 369), «La tentación más fuerte provenía del salón de belleza» (Carreño 373), etc.

² Conflictos internos similares son explicados por Naomi Wolf en *El mito de la belleza* (1990), considerado a día de hoy como un ensayo clásico de la teoría feminista. En él, la autora cuestiona el ideal de belleza femenino y analiza cómo este influye en las diferentes esferas de la sociedad actual (trabajo, cultura, sexualidad, etc.).

mularlo pasando por su cara un pañuelo, que dejaba más impresa aún la suciedad, y arañando con los dedos de ambas manos los empolvados cabellos (181).

Igualmente, llaman la atención las palabras que la española declara en el momento en que es liberada:

el cuerpo quebrantado parecía recobrar su vigor, y las heridas del espíritu comenzaban a cicatrizarse. Volvían a manifestarse los signos de la condición femenina, en una renovada inclinación por los adornos y una ligera complacencia en la compostura (257-258).

De esta forma vuelve a explicitarse un vínculo entre el malestar psicológico y el corporal —como se observaba en los ejemplos expuestos en el epígrafe 1.1—, ya que cuando estas intelectuales alcanzan su libertad sus cuerpos cambian casi por arte de magia, recuperando los rasgos que las caracterizan: la energía, el interés por su aspecto, etc. Es decir, lo que experimentan se traslada al cuerpo, a la imagen física.

Ante tales razonamientos nos surgen nuevas preguntas: ¿se incidirá tanto en el tema de la belleza personal en los escritos confesionales masculinos producidos en el exilio?, ¿o este asunto estaría relacionado asimismo con la condición femenina de las escritoras? Esperamos poder responder a estas cuestiones en futuros estudios, pero adelantamos que no creemos que así sea, pues defendemos como Susan S. Friedman (1994) y Domna C. Stanton (1984) la existencia de diferencias en la escritura autobiográfica —tanto en la forma como en el contenido— en función del género sexual de quien la escribe. Además, tampoco es habitual que los hombres reciban durante su etapa de instrucción infantil y adolescente el apego a la belleza que sí percibimos las mujeres socialmente y que se centra, sobre todo, en reproducir los cánones normativos estereotípicos y en «gustar al otro».

I.4. REFLEXIONES EN TORNO A LA SEXUALIDAD

Como es sabido, las mujeres hemos recibido tradicionalmente una educación ligada a la sexualidad femenina que tiene que ver con el cuidado del cuerpo, con la obediencia, etc. No sorprenderá por tanto que el análisis de los relatos analizados demuestre que las autoras —en la mayoría de las ocasiones— asumen los condicionantes vinculados a su género sexual. Con todo, los testimonios de Concha Méndez y María Teresa León destacan por denunciar las injusticias sociales y los abusos que experimentaron precisamente por su triple condición de mujeres, escritoras y exiliadas. Ambas narran cómo intentaron desvincularse de los roles que la sociedad pretendía asignarles desde su infancia y evidencian su afán de emancipación personal y su deseo de ser escuchadas: «liberarme fue algo que me preocupaba en la vida» (Méndez 48). León, pese a identificarse en sus memorias con una intelectual fuerte e independiente, en ciertos momentos presenta una actitud opuesta, pues, aun mostrándose crítica ante la situación de las mujeres, acepta una posición inferior con relación a su marido, Rafael Alberti. No obstante, en varios fragmen-



tos deja entrever pensamientos contrapuestos que evidencian la pugna interior que experimenta y sus ansias de reconocimiento social. Es consciente del valor de sus acciones y espera que la consideren como algo más que «la mujer del poeta»: «La bautizamos La Gallarda porque todas las que tuvimos se llamaron con alguno de los títulos de los libros de Rafael. Qué narcisismo, ¿verdad? Esta Gallarda va unida al primer dinero que gané en América» (353).

Otro aspecto corporal importante representado en *Memoria de la melancolía* es el despertar del deseo sexual y su configuración. Como señala Juan Carlos Estébanez, la memoria sensual y sexual ha permanecido ausente en las autobiografías clásicas y también en la literatura confesional de las mujeres de la generación de León (293-294). A diferencia de estas, la escritora establece desde las primeras páginas de su obra un espacio narrativo en el que incluye imágenes difusas e impresiones sobre sus primeras experiencias sexuales: «Eran los chicos, el beso, la punta del pezón apretada, la mano por la pierna... ya no recuerda nada: apenas [...] los ojos de las cosas reprochándole al regresar a casa...» (León 22), presentándonos «el mundo de su sexualidad como agri dulce y contradictorio, siempre bajo la omnipresente mirada patriarcal» (Estébanez 293-294).

En su testimonio María Teresa León describe asimismo sus primeros encuentros con el acoso sexual como también lo expresan Silvia Mistral y Mada Carreño. Estas exiliadas exponen situaciones en las que algunos soldados españoles o gendarmes franceses pretendieron abusar de su posición de poder aprovechándose de que eran mujeres y de que viajaban solas: «me obligan a rozarme con sus cuerpos y me encaran con sonrisa socarrona» (Carreño 285)³. Sobre esta cuestión, Josebe Martínez reconoce que en *Los diablos sueltos* la representación del cuerpo femenino adquiere en las circunstancias de soledad una relevancia que durante la parte inicial del relato —es decir, mientras se narran los hechos previos a cruzar la frontera— no se mostraba por estar su historia compartida con un hombre y ocupar primariamente la atención los temas de la guerra española y del comportamiento político de su entorno. Es sobre todo en el camino hacia el exilio francés cuando comienza a observarse la preponderancia que el género sexual va alcanzando sobre otros aspectos de la personalidad de la autora (194-195). En una de las escenas narradas, Carreño rememora cómo tuvo que defenderse ante un comandante que debía facilitarle el visado para abandonar España. Este, tras someterla a numerosas preguntas comienza a realizarle sugerencias impropias: «Es muy extraño que una chica como usted vaya así por los caminos...» (186) y finalmente acaba por negarle el permiso ante la actitud díscola de la autora.

Estas cinco exiliadas asumen y defienden en sus relatos su condición de mujeres libres e incluyen en ellos reflexiones en torno a la sexualidad, reflejando sus inquietudes y las injusticias derivadas de las diferencias entre los sexos. Según

³ «Los besos furtivos de los conscriptos nos han encendido la sangre» (Mistral 142), «se me acerca más de lo que obliga la estrechez del asiento» (Carreño 178), «De pronto siento el contacto de su mano experta sobre la cintura» (Carreño 218), etc.

Sidonie Smith, ese deseo de dar voz a la verdad a través del texto se debe al hecho de que la experiencia femenina haya estado tradicionalmente silenciada en la cultura patriarcal. El molde autobiográfico y el tono confesional animan a estas autoras a revelar las especificidades de su cuerpo y de su conciencia, pero también les permiten descubrir los lugares de su opresión como mujeres dentro de una cultura y una sociedad dominadas por los hombres (37).

1.5. LA CONCIENCIA DEL CUERPO ENVEJECIDO

A las ideas de belleza, juventud y sexualidad presentes en los textos analizados se suma la cuestión del envejecimiento del cuerpo femenino y sus posibles consecuencias.

Aún en la actualidad el proceso de la vejez se experimenta de manera distinta dependiendo de si eres hombre o mujer, ya que nos encontramos ubicados en posiciones diferentes dentro del sistema de género⁴. Para estas escritoras, al igual que para otras muchas mujeres, los cambios físicos que provoca el envejecimiento son interpretados como la pérdida de las cualidades que daban sentido a sus vidas y las constituían como personas socialmente valiosas (Tirado 24), y es así como lo plasman en sus testimonios.

María Teresa León revela en su autobiografía su preocupación ante la vejez y la invisibilidad que esta conlleva: «Es difícil ser vieja. [...] Por la calle se da uno cuenta de que las viejas son todas del mismo modelo. Lo difícil es diferenciarse. A mí me da miedo que llegue un día en que nadie me vea» (65). En su caso este periodo vital va ligado también a la pérdida de la memoria, por ello Gregorio Torres afirma que *Memoria de la melancolía* es, sobre todo y ante todo,

la defensa y la resistencia del exiliado y su derecho a que no le quiten también la memoria de lo perdido; [pero] simultáneamente [es] la defensa ante el imparable paso del tiempo [...] su propia vejez, que ella entiende y teme como la anulación del espacio propio, confundido con el común e indiferenciado de «ser una vieja más» (53).

Al igual que León, Concha Méndez reflexiona en sus memorias sobre la cuestión del cuerpo envejecido y realiza declaraciones tan dolorosas como la siguiente:

Yo, que fui atleta, me veo ahora, a los ochenta y dos años, sujeta y detenida por dos muletas; [...]. Ando a tientas y con mucha dificultad. Cuando empecé a compren-

⁴ En *El segundo sexo*, Simone de Beauvoir dedica el capítulo IX, «De la madurez a la vejez» (675-694), a explorar el proceso del envejecimiento y lo que este supone para las mujeres. Por su parte, Naomi Wolf (178-199) analiza el “miedo a envejecer” en las mujeres del siglo XXI, que como nuestras antepasadas luchamos –ya sea a través de tratamientos de belleza, cirugías o cultos a las cremas antiedad– contra un proceso natural e inevitable.



der que perdía la agilidad, empezó mi depresión nerviosa. [...]; y fue entonces que comencé a agarrarme de los muebles, a sentir que desfallecía y a desear morir (143).

La poeta se percibe en una situación de pérdida que la sitúa en una posición de desprestigio y vulnerabilidad, dado que sabe que el envejecimiento es interpretado por la sociedad como un proceso de desarraigo, especialmente si se relaciona con lo femenino y con las capacidades reproductivas y sexuales (Tirado 28). Como apunta Simone de Beauvoir, es habitual que la degradación del cuerpo femenino venga acompañada del aislamiento, la soledad y la melancolía, y pueda motivar la escritura testimonial o la confesión:

[La mujer] se desahoga [...]. Como la muchacha sueña en lo que *será* su futuro, evoca lo que *habría podido ser* su pasado; rememora las ocasiones que ha dejado escapar y construye hermosas novelas retrospectivas. [...] la mujer rumia incesantemente la historia de sus años jóvenes y sus sentimientos adormecidos por sus padres, sus hermanos, amigos de la infancia, se exaltan de nuevo. [...] alaba sus méritos, reclama imperiosamente que le hagan justicia. Madurada por la experiencia, piensa que es capaz de mostrar por fin lo que vale (676-677).

El sentimiento negativo derivado de la consciencia de la vejez lleva a Concha Méndez a pensar en su suicidio, ya que —siendo conocedora de la valía de sus acciones pasadas como mujer deportista e intelectual— no asume su nueva condición social: «Y es que me olvido que soy vieja. Solo cuando miro mi cuerpo, recuerdo que tengo edad; pero hace muchos años que no me miro al espejo y así vuelvo a mi juventud» (32). Las palabras de la escritora prueban la existencia de un enfrentamiento entre su cuerpo anciano y su mente todavía joven. De ahí que no se reconozca cuando su imagen se refleja ante el espejo. Este último elemento nos conduce directamente al siguiente punto de nuestro análisis, donde explicamos cómo se produce el proceso de identificación personal mediante el símbolo del espejo en cada una de las obras.

1.6. EL RECONOCIMIENTO O LA NEGACIÓN DE LA IDENTIDAD A TRAVÉS DEL ESPEJO

Quien se aproxime a los textos analizados podrá comprobar que sus autoras experimentan un conflicto identitario común basado en el querer y el deber ser, y emplean la configuración de sus testimonios para construir una identidad narrativa que les permite, a su vez, reconstruirse a sí mismas. Al igual que otras intelectuales, Méndez, León, Carreño, Carnés y Mistral incluyen en la narración de sus historias todo aquello que les hubiera gustado ser o hacer, presentando un autorretrato que verdaderamente las representa. En esta ocasión, sin embargo, hemos optado por reducir este asunto explicando únicamente lo referente al tema del cuerpo. Por esta razón, en el presente capítulo solo analizamos la forma en que se produce el reconocimiento o el rechazo de las exiliadas para con su propio yo a través del reflejo de la imagen corporal en el espejo.

En la tradición literaria y mitológica las escenas frente a este objeto son infinitas y pueden contener numerosos significados dependiendo de la intención



de quien escribe. La imagen especular entendida como signo ha sido ampliamente estudiada desde el punto de vista psicoanalítico por Freud (1914) y Lacan (1949), y desde el semiótico por Eco (1985) y Cirlot (2004), entre otros. Para el escritor español, el espejo puede considerarse «un órgano de autocontemplación» capaz de significar, que sirve «para suscitar apariciones, devolviendo las imágenes que aceptara en el pasado, o para anular distancias reflejando lo que un día estuvo frente a él y ahora se halla en la lejanía» (Cirlot 194-195). Es decir, es un elemento que permite generar autocomprensión y llevar a cabo el descubrimiento del propio yo mediante la identificación o la negación del autor o autora y el reflejo de su propio cuerpo.

Ciñéndonos ya al campo de la literatura testimonial femenina que nos ocupa, y partiendo de estas hipótesis, así como de las teorías expuestas por Biruté Cipliauskaitė (73-81) y Simone de Beauvoir (726-728) al respecto, creemos que en este tipo de relatos la presencia del espejo se vincula con la crisis identitaria que experimentan las escritoras, pudiendo interpretarse dicho elemento como un símbolo de la división del yo personal («La última noche que pasé en casa, me miré en todos los espejos y vi que cada uno reproducía una imagen mía diferente», Méndez 62) o de la diferencia entre el yo del pasado y el del presente, momento en que se produce la concienciación del sujeto:

Creía entonces que jamás podría mirarme en un espejo. [...] Lo hice mucho más tarde, inesperadamente y estaba desnuda. De pronto pensé que no era yo. ¿Yo? Y me fui acercando despacio, despacio a la imagen sorprendentemente blanca y rubia hasta tropezar con el cristal frío y aplastarme contra él para borrarle, para quitarme aquel ansia de llorar de gozo (León 92-93).

Según Francisco Ernesto Puertas, en el proceso de reconocerse —o no— en el pasado, «de escuchar la propia voz y verse reflejado en el espejo de la distancia temporal, el *yo* adquiere consciencia de su unidad y de su diferencia, se forma a sí mismo gracias al hilo de continuidad que le brinda el paso del tiempo» (26). León expresa este confrontamiento en su autobiografía, explicándonos que no existe una identificación entre la joven que la escritora fue en el pasado y la mujer que es en el presente. La aceptación de su verdadero yo es tardía dado que durante su juventud intentó asumir y cumplir con el papel femenino que se le asignaba, pero con el paso del tiempo fue logrando desvincularse de este para configurar su propia identidad, que estaría estrechamente vinculada con el nuevo prototipo femenino de «mujer moderna» surgido en España a comienzos del siglo xx. Las normas sociales del momento y los orígenes burgueses de León no eran compatibles con la actitud rebelde que ella había adoptado, lo que derivó en la separación forzosa de su primer hijo y motivó su posterior exilio.

Del mismo modo, y siendo conscientes de que existen múltiples variaciones de la representación especular, consideramos que en los textos analizados las autoras emplean este recurso para tratar el tema del doble —lo diferente y lo idéntico— a través del efecto de duplicación que el objeto produce, ya que en la mayoría de ocasiones el espejo refleja un ser casi desconocido provocando una reacción de extrañamiento en las protagonistas: «Por la ventana alta [...] se alza un hermoso espejo oval [...],



ante el que me encuentro de golpe conmigo misma. Por un instante la sorpresa me paraliza. ¿Es posible que sea yo *esa*?» (Carreño 326-327).

En lo relativo a las españolas que permanecieron recluidas en territorio francés, el daño que les produce la huida de España y los trágicos acontecimientos vividos se trasladan a su apariencia personal. Esto provoca que ellas no se identifiquen con su imagen, pues esta no se corresponde con la de aquellas mujeres que abandonaron su país. Las circunstancias las han convertido en otras:

se asomó a uno de los espejos [...]. No acertó a conocerse en la pálida imagen que apareció en el cristal. [...] y allí, frente a unos cabellos prematuramente encanecidos, cree reconocerse, [...] —¿Soy yo? [...]—¿Soy yo esa? (Carnés 249- 253).

Todo ello prueba el conflicto interno experimentado por estas refugiadas, que evidencia la problemática de la identidad y su relación con la imagen corporal. En este asunto intervienen también el resto de facetas corporales abordadas con anterioridad, puesto que todas —de un modo u otro— conforman el yo personal de cada una de ellas, siendo este el que pretenden (re)construir en sus testimonios.

2. A MODO DE CONCLUSIÓN

En este breve ensayo hemos expuesto varios ejemplos concretos de cómo se piensan y representan las diversas facetas de la corporalidad en la literatura testimonial producida por mujeres en el exilio español. Para ello se han escogido como objeto de estudio los relatos memorialísticos de cinco intelectuales republicanas que vivieron situaciones similares como la guerra civil y el posterior destierro, considerándolas obras representativas de dicho periodo.

Tras el proceso de lectura y análisis del corpus textual, podemos afirmar que, pese a las múltiples diferencias que poseen los testimonios de Concha Méndez, María Teresa León, Luisa Carnés, Mada Carreño y Silvia Mistral —por ser sus experiencias individuales y la narración de estas única—, se observan una serie de elementos comunes que tienen que ver, entre otros asuntos, con lo que supuso para ellas vivir en un cuerpo de mujer. Lo corporal aparece representado en estos escritos de muy diversas formas, unas más físicas que otras, pero es evidente que cada una de ellas le otorga en su narración un lugar destacado y lo vincula directamente con su condición sexual.

Carnés, Carreño y Mistral retratan la debilidad y el dolor de unos cuerpos recluidos en campos de concentración y sus deseos de autonomía y libertad. Igualmente, la descripción de los problemas de salud y de escasez de recursos está ligada a la necesidad de limpieza corporal de estas refugiadas; una cuestión que, sumada a todo lo anterior, causa en ellas un malestar psicológico y anímico que comparten con Méndez y León, aunque este sea ocasionado por diversas circunstancias.

Otra de las facetas corporales compartida por las españolas que permanecieron recluidas en Francia —y que nos llama verdaderamente la atención— es la del cuidado y la preocupación por la imagen. Sorprendentemente, pese a las condicio-



nes en que se hallan y a los múltiples problemas que las rodean, estas mujeres persiguen la validación y la aceptación social otorgada a su apariencia externa, lo que demuestra cuánto había calado en ellas el discurso tradicional sobre la feminidad. De ahí que también encontremos reflexiones en los textos relativas a la sexualidad y a los estereotipos de género. Al mismo tiempo, destacamos la forma en que algunas de las escritoras incluyen episodios relacionados con la experiencia o el acoso sexual, algo que posiblemente las distancie de las memorias masculinas, como también podría serlo el modo en que abordan la cuestión del envejecimiento del cuerpo y lo que este proceso significó para ellas.

El tono confesional adquirido por estas intelectuales a la hora de expresar sus sentimientos permite vislumbrar los conflictos internos que experimentaron. En este sentido, el símbolo del espejo es un recurso utilizado para reflejar la crisis identitaria que padecen, siendo el reflejo de su propio cuerpo en dicho objeto lo que les permite reconocerse o negar su identidad presente. A nuestro parecer, la búsqueda y el descubrimiento del yo sería en última instancia el propósito último de sus testimonios, en tanto que incluyen en ellos el retrato personal con el que desean ser recordadas.

En definitiva, las cinco autoras se sirven del espacio íntimo que les proporciona la configuración de su historia para llevar a cabo un proceso reparador y terapéutico que les ayuda, a través de la plasmación de sus recuerdos y vivencias, a descubrirse y presentarse como protagonistas de un hecho histórico relevante. Además, emplean este espacio para reflexionar y narrar sus inquietudes ante cuestiones privadas y cotidianas relativas a su propio cuerpo. Este hecho podría ser un rasgo que las diferencie de las producciones testimoniales de sus contemporáneos, pues, al igual que Domna C. Stanton (1984) y Susan S. Friedman (1994), consideramos que estaría estrechamente vinculado con su condición de mujeres. Si bien todavía queda pendiente por realizar una investigación que reúna y estudie un mayor número de testimonios femeninos del periodo y, sobre todo, que abarque también las producciones masculinas con el fin de poder obtener unos resultados más completos sobre la representación de lo corporal en este tipo de escritos.



3. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CARNÉS, LUISA. *De Barcelona a la Breaña francesa y La hora del odio*. Sevilla: Renacimiento, 2017.
- CARREÑO, MADA. *Los diablos sueltos*. Sevilla: Renacimiento, 2019.
- CIPLIJAUSKAITÉ, BIRUTÉ. *La novela femenina contemporánea (1970-1985)*, Barcelona: Anthropos, 1988.
- CIRLOT, JUAN EDUARDO. *Diccionario de símbolos*, Madrid: Siruela, 2004.
- CIXOUS, HÉLÈNE. *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Barcelona: Anthropos, 1995.
- BEAUVOIR, SIMONE de. *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra, 2020.
- ECO, UMBERTO. (1985). *De los espejos y otros ensayos*. Barcelona: Lumen, 1998.
- ENGUIX, BEGONYA y GONZÁLEZ, ANA MARÍA. «Cuerpos, mujeres y narrativas: imaginando corpora- lidades y géneros», *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*. 18: 2, 2018 (<https://www.redalyc.org/journal/537/53755753003/html/>).
- ESTÉBANEZ, JUAN CARLOS. «La memoria como nexo vital en la obra literaria de María Teresa León», en *El exilio literario español de 1939: [Actas del Primer Congreso Internacional (Bellaterra, 27 de noviembre- 1 de diciembre de 1995). Volumen I]*, Manuel Aznar Soler (ed.). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1998, pp. 291-300 (<https://bit.ly/2AWYECh>).
- FREUD, SIGMUND. (1914): *Introducción al Narcisismo*. Obras Completas. Tomo I. Madrid: Biblio- teca Nueva, 1997.
- FRIEDMAN, SUSAN S. «El yo autobiográfico de la mujer: teoría y práctica», en Ángel G. Loureiro (ed.), *El gran desafío: feminismos, autobiografía y posmodernidad*. Madrid: Megazul-Endymion, 1994, pp. 151- 186.
- JELIN, ELIZABETH. «El género en las memorias», en *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI de España editores, 2002, pp. 99-116 (<https://www.centroprodh.org.mx/impunidad-veryhoy/DiplomadoJT2015/Mod2/Los%20trabajos%20de%20la%20memoria%20Elizabeth%20Jelin.pdf>).
- LACAN, JACQUES. (1949). «El estadio de espejo como formador de la función del yo», *Escritos* 1. México: Siglo XXI, 2009, pp. 99-105 (<https://arditiesp.files.wordpress.com/2012/10/lacan-estadio-del-espejo.pdf>).
- LEJEUNE, PHILIPPE. *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid: Megazul-Endymion, 1994.
- LEÓN, MARÍA TERESA. *Memoria de la melancolía*. Sevilla: Renacimiento, 2020.
- LOUREIRO, ÁNGEL G. (Coord.), *El gran desafío: feminismos, autobiografía y posmodernidad*. Madrid: Megazul-Endymion, 1994.
- MARTÍNEZ, JOSEBE. *Exiliadas: escritoras, Guerra civil y memoria*. Barcelona: Montesinos, 2007.
- MÉNDEZ, CONCHA. *Memorias habladas, memorias armadas*. Sevilla: Renacimiento, 2018.
- MISTRAL, SILVIA. *Éxodo. Diario de una refugiada española*. Madrid: Diario Público, 2011.
- PUERTAS, FRANCISCO ERNESTO. *Aproximación semiótica a los rasgos generales de la escritura autobio- gráfica*. Logroño: Universidad de la Rioja, Servicio de Publicaciones, 2004.
- SMITH, SIDONIE. «Construing Truth in Lying Mouths: Truthtelling in Women's Autobiography», en *Women and autobiography*, Martine Watson Brownley and Allison B. Kimmich (eds.), Wilmington: SR Books, 1999, pp. 33-52.

- STANTON, DOMNA C. «Autogynography: Is the Subject Different?», en *The Female Autograph. Theory and Practice of Autobiography from the Tenth to the Twentieth Century* 1984, pp. 3-20. (<https://archive.org/details/femaleautographr0000stan>).
- TIRADO, ERIKA. «El cuerpo envejecido de la mujer: Primeros acercamientos desde la revisión bibliográfica», *La Ortiga*, 4: 4 (2017), pp. 24-31 (<https://laortigasanmarcos.files.wordpress.com/2017/11/laortiga-gc3a9nero-final1.pdf>).
- TORRES, GREGORIO. «Prólogo» a *Memoria de la melancolía* de María Teresa León. Madrid: Castalia, 1998.
- WOLF, NAOMI. *El mito de la belleza*. Madrid: Continta Me Tienes, 2020.



